

tarde. Por lo demás, cumpliése la profecía: Montanari gobernó la Orden de San Francisco desde 1611 hasta 1623, nombrado primero Vicario Apostólico por Paulo V, y confirmado después en su cargo por el Capitulo General. Benardicelli tuvo los mismos empleos, y fué elegido también en 1635 General de los Conventuales que lo confirmaron en su cargo después de seis años de Generalato, ¡tan satisfechos habían quedado con su gobierno!

No fué aquél el único servicio prestado por José á aquella Orden ilustre. Entre los Religiosos del Convento de los Santos Apóstoles había sentado sus reales la discordia. Sabiendo Clemente VIII la intimidad que con aquellos religiosos tenía nuestro Santo, y el don grande que le había concedido el Señor para sosegar y pacificar los ánimos, lo comisionó para que despachase aquel negocio. Con gusto se sometieron á su arbitrio los contendientes; sin estrépito y sin ostentación los puso fácilmente de acuerdo con general satisfacción. Más de cuarenta años después elogiaban todavía á Calasanz los Conventuales, llamándole Santo. El mismo San Francisco se encargó de pagarle la deuda de reconocimiento que habían contraído sus hijos, pues lo escogió Dios para dar á conocer al fin á José los designios que sobre él tenía su Providencia.

Muy devoto en todo del Santo Patriarca de la pobreza, aumentó su devoción el contacto con los Franciscanos. En aquella época comenzó á frecuentar las reuniones de la piadosa Cofradía de las Llagas de San Francisco, fundada en aquellos tiempos en Roma. Practicábanse en ella numerosas obras de humildad, de penitencia y de religión que no llegaría á comprender la delicadeza de nuestro siglo, y de tal manera que la llamaba el público *Escuela de Penitencia*. Era San José uno de los cofrades más austeros, pero no era aquello suficiente para satisfacer su devoción. En 1595 determinó ir en peregrinación al sepulcro del Santo Patriarca, en la ciudad de Asís: fué éste uno de los hechos más memorables de su vida por las consecuencias que tuvo en lo porvenir. Escogió para aquella peregrinación la época del gran perdón ó de la indulgencia plenaria de Nuestra Señora de los Angeles, el 2 de agosto de 1595; y en el mes de julio pidió permiso al Cardenal Marco Antonio para cumplir con aquella devoción, prometiéndole que estaría de vuelta antes de ocho ó diez días. Puso algunas dificultades el Cardenal, atendida la época, que es la de las fiebres en la campiña de Roma; mas, viendo que José no tenía temor alguno, quiso al menos hacerle aceptar su coche de viaje, obligándole á que llevase consigo el camarero dedicado á servirle, y á que hiciese uso de las postas públicas para hacer aquel viaje con más comodidad y más pronto. Dióle gracias con efusión José, y le contestó que no podía servirse ni de carrozas, ni de caballos, ni de sirvientes el cristiano que deseaba hacer una corta peregrinación á los lugares sagrados. Hizo que le prestasen el saco que le servía de vestidura en la Cofradía de las Llagas; depositó en un lugar

M<sup>o</sup> BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. Francisco de Asís se aparece á S. José de Calasanz, cuando va á ganar el Jubileo de la Porciúncula á la edad de 39 años.

fuera de la ciudad los vestidos y el calzado, y vestido con aquel saco, y ceñido de una cuerda, y á pie descalzo emprendió con ardor aquel viaje de ochenta kilómetros poco más ó menos. A los tres días de marcha solamente, caminando cada día alrededor de treinta kilómetros, llegó á Asís, donde tan grandes favores iban á merecer su fervor y sus pasadas austeridades.

Profundamente recogido ante el altar (1) *en que, según se dice, reposa* el cuerpo de San Francisco, se le apareció el Santo Patriarca, y le preguntó por el motivo de su peregrinación «He venido á ganar la indulgencia plenaria, dijo José. Expúsole entonces San Francisco las dificultades que para ello había, y las condiciones necesarias para obtener gracia tan grande. Sacó de aquel coloquio nuestro Santo grandes consue- los, y se propuso poner de su parte todo lo necesario para ganar la Indulgencia de la Porciúncula; después volvió á Roma con la firme resolución de hacer el mismo viaje el año siguiente.

(1) La leyenda rodeó de misterios el sepulcro del cuerpo de San Francisco. Bernin, sabio Obispo, hijo del célebre arquitecto de la Columnata del Vaticano, cuenta en la vida de San José de Cupertino que con el mayor misterio se encerró el cuerpo de San Francisco en una triple caja de madera, de plomo y de mármol. Pero apenas la colocaron en el fondo de su bóveda, por un admirable prodigio, salió el santo de la triple caja sin romperla, y quedó de pie, con las manos en cruz, y con la cabeza y los ojos levantados al cielo. Asustados los testigos, cerraron la bóveda, ocultando perfectamente su abertura á las miradas de todos, y sin duda el Santo se encontrará un día en tal estado, si llega á descubrirse su tumba. Bernin no ha sido sino eco de la tradición admitida universalmente por los franciscanos más antiguos. Lo han afirmado, los autores, y lo han reproducido los pintores y escultores en todas sus obras. Lo que hay de cierto es que los Soberanos Pontífices prohibieron bajo pena de excomunión mayor que se buscara el cuerpo de San Francisco, de manera que se concluyó por ignorar el lugar exacto de su sepultura. Se creía saber solamente que estaba debajo del altar mayor, y se halló que era exacta esta conjetura.

En 1819, por orden de Pío VII, se hicieron excavaciones en la Iglesia inferior que está abierta á pico en la roca de la montaña de Asís. Saben bien los peregrinos que aquella espléndida Basílica consta de tres Iglesias sobrepuestas. Aquellas excavaciones, hechas por obreros escogidos y ante los Obispos delegados por la Santa Sede, duraron cuarenta y dos noches, y cuando se consiguió retirar las piedras amontonadas en la boca de la bóveda, descubriéronse los restos del Santo en la triple caja, y exactamente debajo del altar mayor. Después de verificadas y reconocidas aquellas santas Reliquias, fué cerrada y sellada otra vez la bóveda, y Pío VII renovó la excomunión contra los que en lo porvenir se atreviesen á abrirla de nuevo. ¿Era, pues, falsa la antigua leyenda? No lo creemos, lo afirmaron demasiados testigos irrecusables. Pensamos que Dios permitió aquel prodigio para recompensar la piedad filial, y para consolar el dolor de los hijos de San Francisco. El amor de los Franciscanos á su padre los había persuadido de que había quedado en aquel estado, y de que así lo encontrarían un día perfectamente conservado, sobre la tumba. Nada hay que justifique esta afirmación, y sobre seiscientos años después de su muerte, apareció el Santo Patriarca en el estado ordinario, casi reducido á cenizas. Los Franciscanos celebran la fiesta de la invención de las Reliquias el 12 de diciembre. San José, postrado en la Iglesia inferior, en el lugar designado por la tradición, había, en efecto, orado delante del cuerpo de San Francisco, inhumado á gran profundidad.

Por intermedio del mismo Patriarca de la pobreza, le dispensó Dios otros favores más considerables y más decisivos.

Al año siguiente estaba ya para partir, cuando á fines del mes de julio de 1596 invadió de repente á Roma una enfermedad pestifera. En su calidad de miembro de la Cofradía de los Doce Apóstoles, creyó José que no le era posible alejarse, ni por pocos días, en momentos de tanto peligro. Sacrificando los deseos de su piedad, se ocupó día y noche en buscar á los enfermos pobres, auxiliándoles, no sólo en el barrio de que era Visitador, sino también en todos los barrios de la ciudad, ayudando y acompañando á sus cofrades, y reemplazándolos, cuando sucumbían al cansancio. Ayudó así principalmente á San Camilo de Lelis, que, rivalizando en caridad y en abnegación con San José de Calasanz, llegó á ser entonces su amigo más íntimo.

Infatigable José, pasaba de los hospitales á las casas de los pobres, y aun á los tugurios más miserables. Entraba por la ventana en las casas en que ya no quedaba quien tuviese fuerza para abrir la puerta. No siendo bastante el sirviente para llevar los remedios y los auxilios materiales, compró un asno que conducía él mismo por las calles. Preparaba el alimento de los enfermos, y les servía hasta en los oficios más bajos y repugnantes. Administrábales los últimos sacramentos, no abandonándolos hasta que exhalaban el último suspiro: amortajándolos por sí mismo, atendía á que les diesen sepultura eclesiástica, y ofrecía el Santo Sacrificio por el descanso de sus almas.

Hacia fines de agosto comenzó á declinar el azote: José entonces volvió á su reglamento ordinario bastante modificado durante la epidemia. La víspera de la fiesta de las Llagas de San Francisco pasó la noche en oración; pero fatigado su cuerpo con tantos trabajos, cayó, á su pesar, en un ligero sopor, durante el cual tuvo una visión maravillosa. Por fin iba Dios á hacerle entrever su voluntad. Vió tres doncellas, ó tres ángeles en figura de doncellas, las tres de rara belleza. Una de ellas con el vestido rasgado, y el cabello en desorden, lloraba inconsolable. Compadecido José á la vista de dolor tal, le preguntó qué tenía: ¡Ah! dijo, soy la pobreza, todo el mundo me desprecia, nadie me quiere por compañera, todos me abandonan. Prometióle José asistirle, y jamás abandonarla; se levantó, la tomó en sus brazos, la alzó de la tierra, y la visión desapareció. Despertó nuestro Santo, y quedó avergonzado y corrido de la libertad que había tenido con aquella doncella, y aunque fué en sueños, y sus formas eran enteramente celestiales, el recuerdo de aquella visión lo llenó de inquietud.

Al día siguiente, 17 de septiembre, día de la fiesta, oraba José en la iglesia de las Llagas, cuando estaba desierto aquel santuario, probablemente después de mediodía, á la hora de la comida, vió una joven cubierta con pobres harapos, é inundada en lágrimas. ¿Quién eres? le preguntó José.—Soy la pobreza, y

M<sup>o</sup> BORDAS.

TYP. J. CLAVE.

S. José de Calasanz á los 40 años socorre con S. Camilo de Lelis á los contagiados en una peste.

todo el mundo me desprecia. Quitóse nuestro Santo la capa para cubrirla, pero desapareció. Quedando solo, se puso en oración, y le dió á conocer el Señor que las tres doncellas de inusitada belleza, que había visto la vispera, eran la Pobreza, la Obediencia y la Castidad: y que la que había abrazado era la Pobreza.

Difícilmente admite lo sobrenatural nuestro siglo naturalista, no viendo en tales visiones más que el efecto de una imaginación exaltada por los ayunos, los insomnios y la tensión del espíritu en la oración; pero como tales hechos maravillosos abundan sobremanera en toda la vida de San José, y á cada momento se renuevan los milagros mejor probados; ó hay que desecharlos enteramente, lo que históricamente es imposible, ó hay que admitirlos con todos sus detalles. No hay efecto sin causa: no se puede negar el efecto, luego hay que admitir la causa. Casi todos los Santos han vivido entre las maravillas de lo sobrenatural; su vida conocida de sus contemporáneos, llena de milagros, pertenece á la historia. Todos pueden estudiarla, y examinar las pruebas: es absurdo negarlas sin examen, como hace la escuela racionalista.

El año siguiente de 1597 llegaron de España para establecerse en la Ciudad Santa, algunos Carmelitas Descalzos, llamados Teresianos, del nombre de Sta. Teresa. Como eran compatriotas, ó más bien por la santidad de su vida, pronto trabó amistad con ellos San José. Dado á todas las obras buenas, no economizó trabajo ni peticiones al cardenal Colonna y á otros muchos Cardenales y Prelados para conseguirles la iglesia de Santa María de la Escala, al otro lado del Tiber, propagándose pronto por Italia aquella Santa Orden con la protección y solicitud de Calasanz, como lo proclamaban los mismos con reconocimiento.

El 13 de mayo de 1597, murió en Zaccarola, propiedad suya, en la diócesis de Palestrina, á donde lo habían trasladado para restablecerse, el protector de José, cardenal Marco Antonio Colonna. Fué enterrado en el convento de Santa María de los Franciscanos. Con su gran corazón experimentó gran dolor José en aquella muerte, pero no cambió en nada su método de vida.

El cardenal Ascanio Colonna, sobrino de Marco Antonio, que había sido condiscípulo y amigo de José en la Universidad de Alcalá de Henares, y que había podido apreciar sus servicios, cuando fué virrey de Aragón, le obligó con gran benevolencia á conservar las habitaciones en el palacio Colonna, con las mismas funciones de teólogo y director espiritual del príncipe don Felipe su sobrino, y de toda la dependencia de la casa. José tuvo el consuelo de volver este año á Asís: ya hemos visto que la epidemia le impidió hacerlo el año anterior.

Hizo á pie aquella peregrinación, como la última, ayudando y orando todo el camino. Estaba postrado delante del altar de San Francisco, cuando se le apareció el Santo; pero esta vez no iba solo. Le acompañaban tres doncellas de celes-

tial hermosura, vestidas como desposadas en el día de sus bodas. Los cuatro se aproximaron á San José, y él se retiró temblando, lleno de admiración y de respeto. «No está bien, le dijo »San Francisco, que se muestre tan tímido el que está para



»desposarse. Estas »tres doncellas te »amanmucho, y tú »las amas también. »Esta es »la preciosa Pobreza; ésa la »Castidad »angelical: y la »otra la »Santa Obediencia, y yo »he venido para »unirlas contigo». Sacó al punto del seno el Sto. Patriarca tres resplandecientes anillos, los puso en las manos de José mandándole

que se desposase con aquellas tres Virgenes que le invitaban á ello con tanta benevolencia, que les diese la mano, y se jurasen mutuamente inviolable fidelidad. Obedeció José con fervor indescriptible, recibió las felicitaciones de San Francisco, y entró en tan inmensa alegría de corazón que fué arrobado en éxtasis. Vuelto en sí, se halló solo, pero conoció que llevaba consigo una rica dote que habian dejado en su alma aquellas esposas, sintiendo por ellas amor indecible. Después de fervorosas acciones de gracias, volvió á Roma, inundado de celestiales consuelos.

Pero, aunque convencido ya de que ciertamente lo llamaba el Señor á la práctica de los consejos evangélicos, quedábale ansiedad grande, no sabiendo cómo había de practicarlos. Veía y conocía muy bien que de él quería el Señor cosas grandes, pero ¿en qué estado? ¿con qué condición? Multiplicó las oraciones, las buenas obras, las austeridades, convencido de que al fin llevaría Dios luz á sus obscuridades. Aprendía de este modo San José, por sí mismo, y con experiencias dolorosas, que toda la perfección del hombre consiste en conocer y en hacer la voluntad de Dios. «No hay locura mayor, decía con frecuencia »nuestro Santo, que hacer la voluntad propia y no la de Dios». Mas tarde escribía también en las Constituciones de su Orden. «Habiendo dicho el Señor: no he venido al mundo á hacer mi »voluntad sino la de Aquel que me envió, será gran locura en »un religioso querer hacer su voluntad». (Constituciones, parte 2.<sup>a</sup> capítulo 2.<sup>o</sup>).

Después de los favores de que lo había colmado el Señor, y en la perfección á que había llegado José, no había ya obstáculo que pudiera impedirle seguir los designios de la Providencia. Quedaba su alma como una tabla limpia y bien acepillada donde podía escribir como quisiera la mano del Señor. No llegan á sazón la mayor parte de las vocaciones, ni aun las más sublimes, porque las contraria la voluntad propia dominándolas, y ocupando el lugar de la voluntad de Dios. Tenía entonces Calasanz 41 años, y en la edad en que todos han hecho ya la elección de estado, y viven en él, buscaba todavía su estado con las lágrimas de la penitencia, con el fervor de la oración, y con la práctica de innumerables obras buenas. Iba por fin á escucharle el Señor, y á concederle todavía 51 años de vida para servirle con fidelidad.



## CAPÍTULO V

### VOCACIÓN

1597

**N**o vamos á escribir una relación curiosa ó nada más que edificante. Cuando parece que ha llegado á su apogeo la instrucción laica, y la ha seguido demasiado de cerca, ó quizá la ha precedido la instrucción llamada clerical preparando sus errores, bueno será presentar al mundo al gran maestro de la enseñanza del pueblo, para aprender sus métodos, señalando sus éxitos. Sólo una máxima se va á desprender de la vida de este *Padre de la juventud*. *La instrucción es medio y no fin*. La vida de un sacerdote, y más aún de un religioso está compendiada en estas palabras de nuestro Señor: *Que os conozcan á Vos solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien habéis enviado*. (1) No pretendía San José hacer sabios sino Santos, y haciendo Santos se han hecho más sabios que con cualquiera de los otros métodos, como lo prueba el gran número de hombres ilustres que salieron de sus manos. No se busquen en esta vida concursos brillantes, ni éxitos maravillosos: no pretendió él hacer obligatoria la ciencia, pero sí la santidad que obliga á todos. *La voluntad de Dios es que sedáis santos*: (2) menos pretendió aún el brillo exterior que seduce á los incautos: no soñó en los vistosos uniformes, ni en las casas lujosas, ni en las músicas y dramas: no conoció más que un medio, ni persiguió más que un fin: *Santificar las almas de los niños*. Si las inteligencias se han dejado seducir por las locas utopías del siglo, ha sido porque hacía ya mucho tiempo que estaba preparada la sociedad para recibirlas, y había entrado ya en las costumbres el laicismo cubierto con toda clase de ropaje. Los concursos para los diplomas de enseñanza elemental y superior, y el examen para el Bachillerato son el único fin de la educación moderna, y demasiado olvidados Dios, ha permitido que no nos salvasen los más brillantes y más incontestables éxitos:

(1) *Ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum-Christum*. (San Juan, XVIII, 3).

(2) *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra*. (Tsalonicences, IV, 3).